

LOS INSTINTOS EN LA TEORIA DE LA EDUCACION

JUAN CUATRECASAS (*La Plata*)

Las concepciones pedagógicas clásicas se complacían en oponer el instinto a la inteligencia, de acuerdo a las doctrinas psicológicas de la era prefreudiana. Tal oposición identificaba a la actividad instintiva con la brutalidad animal y suponía que la educación humana debía basarse en una especie, de metafísica intelectual con prescindencia de los instintos. Actualmente las teorías pedagógicas giran alrededor de la teoría de los instintos y tienden a alcanzar lo que se ha dado en llamar “equilibrio instintivo”. Concepto que, por otra parte, es difícil de definir y que puede considerarse de manera diferente según la noción que se tenga de la vida instintiva.

Ya William James (en 1890) sostenía que no hay un antagonismo material entre el instinto y la razón sino que, por el contrario, el hombre posee todos los impulsos de los animales y “por añadidura, muchos más”. Y planteaba el problema pedagógico admitiendo la realidad de inferencias de la razón para manejar la liberación de impulsos antagónicos. Así; decía, “aunque el animal más rico en razón puede también ser el animal más rico en impulsos instintivos, no parecerá nunca tan autómatas como el animal provisto *exclusivamente* de instintos”. Para James, el instinto es la facultad de actuar para producir determinados efectos finales sin haberlos previsto y sin previa educación. Y los asimilaba fisiológicamente a las acciones de tipo reflejo. De ahí que consideraba la inhibición de los instintos por los hábitos, y que dio a la “ley del hábito” una importancia fundamental para la educación.

Los fenómenos de hábitos en los animales se deben a la *plasticidad* de sus materiales orgánicos y en especial de las funciones nerviosas. La plasticidad del organismo es muy superior durante el desarrollo. Esta facultad infantil tan importante en pedagogía fue bien comprendida

empíricamente por H. Spencer, por Carpenter y por W. James. El hábito, según James, simplifica los movimientos de un acto determinado, disminuyendo la fatiga y haciéndolos más perfectos. En toda educación, hay que hacer de nuestro sistema nervioso un aliado en vez de que sea nuestro enemigo. "Por eso — añade — debemos hacer automáticos y habituales, en lo posible, las acciones útiles que podamos". Así, los jóvenes con la reiteración cotidiana de muchos actos, se convierten en un "manejo de hábitos". Con ellos, estamos cristalizando nuestro destino. Este concepto lo concretaba W. James con unas palabras lapidarias: "El estudio fisiológico de las condiciones mentales es, pues, el más poderoso aliado de la ética amonestadora. El infierno que se ha de padecer eternamente, del cual nos hablan los teólogos, no es peor que el infierno que nos creamos nosotros mismos en este mundo, moldeando habitualmente nuestros caracteres de mala manera".

La pedagogía contemporánea se nutre de las adquisiciones antropológicas. Es una noción derivada de los conocimientos evolutivos sobre la neotenia la trascendencia pedagógica de la plasticidad nerviosa embrionaria. También es fundamental recordar que toda vida individual del ser humano contiene la recapitulación ancestral de las influencias instintivas, tanto en el campo somático como en el psicológico. Puede felizmente afirmar Claude Kohler que la psicología del instinto se confunde con la del inconsciente. O como dice Jung, que "la psique posee su propia historia genética, que tan claras huellas ostenta aún de sus distintas fases". Por esto hoy se ha reforzado pedagógicamente la noción del pensamiento arcaico, reproducido en la mentalidad infantil a través de las generaciones.

No es pues aceptada hoy la idea de una educación planeada al margen de las raíces biológicas de la personalidad. No es posible la prescindencia de las impulsiones afectivas o instintivas, las cuales poseen, al lado de su ciega orientación animal, una finalidad creadora y vivificadora, a veces noble y heroica. La conciencia humana no podría subsistir sin el poder aglutinante y propulsor de los instintos alojados en el inconsciente, de la "energía instintiva" de der Trieb. Como elegantemente lo expresa N. Pende, "el alma mental y sentimental de la psiquis humana es como una llama escondida de barbarie que, en pleno zenit de la vida psíquica de los hombres, arde perennemente bajo la capa de la civilización". De ello nos darán razón algunos ejemplos de las creaciones de grandes músicos y poetas: Goethe, Beethoven, Tartini, etc.

O bien de algunos hombres de ciencia, como Kekulé con su teoría química del anillo bencénico y Erlich con su teoría de las cadenas laterales, elaboradas durante el sueño o en un estado de semivigilia; tales hechos permiten decir a Kapp (citado por Pende) que "la creación consciente de la técnica, aunque aparentemente muy grande, no es sino un reflejo de la profundidad del inconsciente." Y esta imbricación es tan estrecha en el campo intelectual como en el de la conducta.

Las teorías de los "malos instintos" que exigían al hombre una educación contra su "naturaleza" intrínsecamente perversa, deben ser ya definitivamente desechadas. No es raro todavía hallar pensadores, y profesionales de la inteligencia que creen en la inexorable maldad e inmutabilidad de la naturaleza humana y se adscriben a las pedagogías abstractas y ascéticas que pretenden una perfección inhumana del hombre. La biología nos enseña que existe una capacidad progresiva de superación para el hombre, y que la *perfectibilidad* no debe confundirse con la perfección. La lenta progresión ética del niño y del hombre no debe confundirse con una absoluta perfección anímica. Este estado de beatitud, que constituía el modelo de ciertas pedagogías abstractas, no lo admiten ni los mismos teólogos (que a veces las postulaban) porque consideran como inevitable el tropiezo pecaminoso. Pero tampoco lo admiten los pragmáticos como W. James, que advierten que un mundo habitado por entes perfectos dejaría de ser un mundo humano.

Aún dentro del campo biológico o psico-fisiológico se han opuesto las dos tendencias que dan predominancia al *medio* o a la *naturaleza*; o sea, al ambiente y a la herencia. Los behavioristas, con Watson a la cabeza, se acercan a la concepción pragmática de James, creyendo que el medio educacional puede hacer del niño lo que se quiera. Se considera al niño como un *protoplasma informe*, comparable a un metal en fusión. Y así como en el hierro fundido pueden plasmarse las figuras más variadas, así la educación permitiría *esculturar* al hombre como se quiera. Mas, por muy importante que sean las influencias ambientales y por muy comprobadas las experiencias educacionales que parten del manejo fisiológico de la reflexología, de la ley del hábito o de las aplicaciones fisiopatológicas a la pedagogía, la realidad demuestra que no puede operarse *contra-natura*; es decir, que no puede prescindirse de la vida espontáneamente *formativa* del niño. El desarrollo embrionario se hace según ciertas leyes, que Arnold Gesell ha estudiado y defendido con brillante decisión. La concepción de la *morfología dinámica* tiene

fundamentalmente en cuenta el criterio de maduración, de evolución ontogénica planeada como un camino actualizante, que hace del embrión un ordenado campo magnético poseedor de una unidad individualizante. Y es teniendo en cuenta estos hechos que toda la educación del niño debe ser enfocada.

El sistema nervioso del hombre se desarrolla según un plan preconcebido (en el cual la ontogenia y la filogenia se imbrican estrechamente) que se atribuye a los componentes constitucionales o genotípicos, a su vez ligados a la constitución físico-química; pero la evolución temporal es muy importante, y tanto Gesell como M. Minkowski y A. Thomas lo han puesto bien de manifiesto, coincidiendo con la doctrina de la organogénesis desarrollada por Monakow y Mourge hace años y que nosotros hemos adoptado para la revalorización pedagógica de los instintos en un libro publicado en 1937. Recientemente vuelven a ser de actualidad estos conceptos, coincidentes con las modernas corrientes que informan el estudio de los instintos.

Se considera a Sigmundo Freud como el creador de la teoría de los instintos. Pero mucho antes de la invención del psicoanálisis diversas doctrinas sobre los instintos se debatían en busca de una explicación aceptable, lo que ha proporcionado la doctrina psico-analítica es una explicación de las pulsiones psicológicas de acuerdo al instinto. La naturaleza del instinto continúa siendo una incógnita; y son las modernas investigaciones de la psicología animal (Lorenz, Tinbergen, etc.) las que actualmente aportan nuevos horizontes al mecanismo de la actividad instintiva. No hay duda de que para la psicología humana la teoría de Freud aporta una visión de las proyecciones instintivas sobre la conciencia. Los procesos psíquicos derivarían de la conjunción de fuerzas afectivas, que residen en el inconsciente, y que pertenecen a la *vida instintiva*.

Quizas el principal mérito de Freud sea el haber soslayado la preocupación por la definición y la naturaleza de los instintos, que tantas discusiones había traído. Los *instintos* son fuerzas de origen orgánico y "se caracterizan por una gran energía somática" (Farau y Schaffer). Este concepto energético es el que priva dentro de todas las modernas concepciones del instinto, cualquiera que sea la denominación que se le adjudique. Toman al instinto como una realidad dinámica sin discriminar su naturaleza. Pero es evidente que tiene un origen orgánico, ligado a la evolución de los seres, y principalmente a la finalidad reproductora de las especies.

Para Freud la *libido* o energía sexual es la que impulsa la vida psíquica y desarrolla su actividad tensional desde la etapa embrionaria. El niño es un quiste de libido a alta tensión, juguete de las pulsiones libidinosas. Poco a poco la *represión* desplaza la energía sexual hacia otras direcciones y de ello derivan los procesos de sublimación y de neurosis. Para el pedagogo el problema es mucho más complicado; y ciertamente una teoría de la educación no podría basarse en el rígido esquema freudiano, como lo prueba el hecho de que sus propios discípulos desarrollaron otros puntos de vista más dilatados, como los de Adler y de Jung. Pero hay un fenómeno real de indiscutible importancia pedagógica en la teoría freudiana: la evolución de las pulsiones instintivas en el niño (fases oral, anal y genital) y el desarrollo de los mismos de acuerdo al crecimiento somático, de tal manera que la noción de *latencia* afectiva se superpone a la de los "potenciales de crecimiento" del sistema nervioso dentro de la continuidad jerárquica de la morfogenia individualizante, tal como la concibe Gesell, por ejemplo, o también Monakow y Mourage.

El período de latencia de la libido descrito por Freud comprende la etapa de represión que va desde los 5 años hasta la pubertad. Es discutible si esta latencia es fisiológica; y el propio Freud llegó a dudar de ello al considerar que en el hombre primitivo la represión no se hacía evidente en este período. La represión sería principalmente evidente después de la pubertad cuando interviene la formación cultural del individuo. Clara Thompson ha formulado recientes y severas críticas a este aspecto de la teoría instintiva de Freud, considerando que no puede generalizarse la experiencia que corresponde a las culturas de ciertos grupos humanos dominados por religiones antisexualistas.

A pesar de tales reservas, conviene considerar de gran interés pedagógico el esquema que descubre en el hombre dos períodos tensionales de desarrollo sexual: el primero infantil, casi fetal, dominado por el llamado "principio del placer", y el segundo neuro-endocrino, orgánico o puberal, que aboca a la plenitud consciente de la sexualidad y muy susceptible a las interferencias educacionales. Entre ambos períodos se cierne el período de latencia durante el cual las tensiones libidinosas se hallan ocultas en el inconsciente y del cual puede decirse que depende la orientación que en el futuro pueda tener la personalidad, sin disminuir la trascendental importancia del primer período crítico en el cual se labran las bases de la estructuración del carácter.

El psico-análisis sirvió para delimitar estos períodos neuro-formativos que se consideraron como exclusividad del *Homo sapiens*. Probablemente la explicación del fenómeno escape a las teorías psicoanalíticas, aunque Jung con su interpretación de la génesis de los arquetipos y del simbolismo haya aportado una nueva prueba de la originalidad de la vida instintiva humana desde los tipos más primitivos. Pero también pueden sumarse los hechos aducidos por los evolucionistas que demuestran el proceso de heterocronía en la neotenia desarrollada como etapa zoológicamente prehumana. Por lo tanto, continúa siendo aceptable la tesis de que el período de latencia que separa dos etapas del desarrollo sexual es un proceso genuinamente humano, fisiológico y característico de la especie.

También es un hecho reconocido que por muy importante que sea la influencia de los factores externos (mesológicos) y orgánicos actualizantes del desarrollo, ninguna nueva aptitud puede darse forzada sobre el niño si no entra dentro del esquema fisiológico de su ontogenia. A ello conducen las conclusiones de Gesell, de Thomas, de Mac Graw y tantos otros, así como las de los pertenecientes a la escuela llamada de psicología genética. El instinto no debemos considerarlo como simple fuente de placer, sino que representa un esfuerzo o pulsión direccional que mediante la utilización de los sentidos conduce al dominio del individuo sobre el medio; al aprendizaje de la marcha y de la prehensión, por ejemplo. Así puede hablar Monakow de instinto *formativo* y J. Hendrick de instinto de dominio ("*maîtrise*").

De ahí que son todavía válidos los puntos de vista de Monakow y Mourage que reúnen los datos morfogenéticos a los funcionales en el proceso de la emigración de la función hacia las áreas centrales de proyección y de asociación. Las manifestaciones de los instintos elementales son variables en cada estadio progresivo de la neuro-evolución, dando origen al mundo de los sentimientos primero y después al de las emociones. Y los procesos de auto-regulación funcional del sistema nervioso deben ser integrados en un "equilibrio de los diversos valores instintivos" que Monakow denomina *sineidesis* o conciencia biológica, la cual puede ser desintegrada patológicamente por un desequilibrio tensional, por el dominio de las *pasiones*, hasta la criminalidad.

Siguiendo a Hering que consideraba al instinto como la "memoria hereditaria de la especie", Monakow llama *Horné* a los instintos elementales (etimológicamente *impulsión*) como fuerzas genéticas que

desde el embrión se exteriorizan y siguen en el neo-nato, en el niño, púber y adulto. Como un *haz de instintos* indiferenciados en el embrión, el proceso evolutivo los va diferenciando en sus manifestaciones, como *momentos del tiempo ontogénico*. También introduce Monakow la noción de órganos primitivos y órganos diferenciados de la vida instintiva (*Hormeteres y Neo-hormeteres*) que explican la evolución de sus manifestaciones desde un grado de automatismo hacia un grado de contingencia; y desde un estadio primario inconsciente hacia su eclosión a la esfera de la conciencia.

En la ordenación genética de los instintos dada por Monakow, se halla primero en el embrión y recién nacido el *instinto formativo* (que comprende todo el haz instintivo de Jung) que se transforma después en el *instinto de conservación* que preserva la vida del niño, del joven y se hace sucesivamente preconsciente y consciente en el adulto, transformándose en la senectud en el *instinto cósmico* o religioso, que tiende a la inmortalidad. Pero además, en las etapas púberal y juvenil, se asiste a un desplegamiento de las direcciones instintivas dando lugar a dos líneas diferenciales: la del instinto sexual por un lado y del instinto social por otro.

El instinto sexual se desarrolla con tendencia hacia la reunión con el *Hormé* del sexo opuesto para constituir un nuevo individuo. Y el instinto social comienza por la aglutinación afectiva de los miembros de la familia (fase familiar) siguiendo después por la afección hacia el grupo geográfico (fase nacional) y extendiéndose hacia los demás seres humanos (humanidad). El mérito del esquema monakowiano reside en haber establecido la relación evolutiva de estos tres tipos de instinto social considerándolas en tres fases superpuestas, con distinto desarrollo según los casos individuales.

En sus formas primitivas, el instinto social se confunde con el instinto de conservación, según Monakow, refiriéndolos al niño, cuyas relaciones con las personas que le rodean se establecen de acuerdo a la sensación de utilidad y de simpatía inconsciente que despiertan. (*Klisis y ecklisis*). Posteriormente, la adquisición del lenguaje articulado permite favorecer la discriminación social y hacerla consciente. Por eso la educación en el seno de la familia significa la tentativa de asegurar a cada instinto su desarrollo adecuado y armónico, en relación con el sistema ético aceptado por la sociedad. Y lo importante es que este sistema ético no esté en demasiada contradicción con la biología instintiva.

De este aspecto nos hemos ocupado hace años señalando el papel de las interferencias abstractas en el proceso de diferenciación instintiva. Si la moral que se quiere imponer es demasiado abstracta, la deformación de la personalidad y el camino a la neurosis será frecuente. Si el sistema ético tiene en consideración la valoración de los instintos, entonces se facilitará su desarrollo y su equilibrio, buscando la sublimación y la racionalización progresiva de los mismos.

El papel de los instintos sobre la personalidad puede establecer hipertrofias de una dirección o de una fase instintiva respecto de las demás, creando diferencias notables que pueden determinar separaciones absolutas (*eckklisis*) o repulsiones entre distintas personas o tipos de personalidad. Partiendo del esquema instintivo de Monakow, nosotros hemos propuesto una clasificación de las individualidades según el grado de evolución y de integración de los instintos. En general se pueden distinguir dos grandes tipos: con escasa diferenciación instintiva y con fuerte evolución afectiva. Entre los primeros cabe considerar los tipos egoístas, los irregulares, los infantiles.

El desarrollo biológico de los instintos depende de diversos factores intrínsecos y extrínsecos. El concepto de "energía instintiva" explica el hecho de que una mayor polarización del instinto en una dirección disminuye el desarrollo colateral de los demás instintos. Así el apóstol social puede concentrar su energética vital en el ámbito social y disminuir sus pulsiones sexuales y hasta egoísticas. La "fijación de la libido", según Freud, corresponde a un proceso derivativo de esta índole. La educación puede influir en este sentido orientando la actividad instintiva hacia un determinado sentido. Pero evidentemente influyen decisivamente los factores individuales por la fuerza intrínseca de la pulsión instintiva.

Los factores extrínsecos pueden ser orgánicos, especialmente endocrinos; ambientales, derivados del medio y de los acontecimientos que lo caracterizan; y también psíquicos en su aspecto más puro; es decir, de influencias abstractas inducidas por el medio cultural que pueden ejercerse ya sea estimulando una determinada dirección instintiva, ya sea inhibiéndola.

De ahí que la personalidad afectiva del niño puede evolucionar hacia una integración equilibrada o bien hacia una deformación o desviación instintiva; pudiendo también sufrir un retardo de desarrollo o bien una *involución* por efecto de influencias psico-somáticas direc-

tas o bien acentuadas por la educación. Si la mala orientación pedagógica impide el desarrollo evolutivo de la vida instintiva el individuo corre el peligro de sufrir una desviación del tipo normal.

Es una realidad indiscutible que la satisfacción instintiva naturalmente concebida, en todas sus formas, es incompatible con la vida social; con cualquier estructura social humana. Podríase decir que es incluso incompatible con la normalidad fisiológica humana, y especialmente con la integración de la personalidad, es decir, la construcción de la individualidad psíquica. Los mecanismos de represión y de sublimación intervienen en la formación del psiquismo humano. La educación debe tener en cuenta básicamente estos hechos para contribuir con eficacia a la elaboración de la conciencia moral. Lo que no puede hacer el educador es negar la evidencia de las fuerzas instintivas y basar la pedagogía en su total desconocimiento o bien en su sistemática condenación. Cualquiera que sea la técnica pedagógica o la doctrina educativa que se adopte habrá que tomar básicamente como una realidad psicobiológica las fuerzas de la vida instintiva.

En cuanto al segundo grupo podemos dividirlo en dos subgrupos: con equilibrio (tipo normal) y con desequilibrio. En este último caso la hipertrofia de un instinto puede determinar la aparente o real atrofia de los demás y dar origen a personalidades deformadas. Así la hipertrofia del instinto sexual (o erótico) dará origen al erotómano, al libertino y a la variada psicopatología sexual. La hipertrofia del instinto de conservación al tipo "conservador" y (avaro, etcétera) y del instinto cósmico al místico. También por otro lado el predominio hipertrofico del instinto socio-familiar origina los tipos de aristócrata (plutocracia) mientras el desarrollo superlativo de la fase social en las etapas más evolucionadas puede producir los tipos de "héroes nacionales" y de "apóstoles de la humanidad".

Referencias bibliográficas:

JOHN DEWEY: *El hombre y sus problemas*. Paidós, Buenos Aires, 1952.

CLAUDE KOHLER: *Les problèmes neuro-psychiatriques de l'enfant*. Presses Univ. de France, París, 1952.

WILLIAM JAMES: *Principios de Psicología*. (Trad. castellana) Buenos Aires, 1945.

RICARDO NASSIF: *Pedagogía universitaria y formación pedagógica del universitario*. («Universidad», Santa Fe, abril-junio 1959.)

- N. PENDE: *La ciencia moderna de la persona humana*. Ed. Alfa, Buenos Aires, 1949.
- C. KOUPERNIK: *Développement psycho-moteur du premier âge*. Presses Univ. de France, París, 1954.
- A. GESELL: *L'Embryologie du comportement*. Presses Univ. de France, París, 1953.
- MONAKOW y MOURGE: *Introduction biologique à l'étude de la Neurologie et de la Psychopathologie*. Alcan, París, 1928.
- JUAN CUATRECASAS: *Psicobiología general de los instintos*. Ed. A. López, Buenos Aires, 1938.
- JUAN CUATRECASAS: *El proceso de Neotenia en pedagogía*. (En "Humanidades", Revista de la Facultad de Humanidades, La Plata, N^o 1 - 1961.)
- CLARA THOMPSON: *La psychanalyse: son évolution et développements*. Gallimard, París, 1956.